



CAPITULO IX

La extremaunción de la mesocracia

La caída del general Reyes

Tan pronto como la Convención Reelectionista (marzo 28 de 1909), postuló Díaz-Corral para Presidente y Vicepresidente, el país alfabeto lanzó un rugido de gran felino en pos de presa qué desgarrar y engullir. Las miradas iracundas se fijaron en el general Reyes, quien, en el concepto nacional ya debía estar listo, ensillado "Bayaceto," el clarín de órdenes cargado de aire que, al vibrar en el metal, diera señal de degüello de los "científicos." Veintitres años había preparado la victoria de su ambición, y ocho el cuartelazo vengador contra su enemigo más odiado, el César. La opinión pública aclamando al general Reyes, en actitud de faena presidencial que lo iba a sacar a luz, exigía que cuanto antes el cuartelazo prometido y esperado tuviera lugar.

De repente, se corta la respiración política del país, el síncope aparece; se esperaba más bien que el Popocatepetl hubiese atravesado el Atlántico en aeroplano, que la siguiente noticia:

"De Galeana a Aguascalientes. — Julio 15 de 1909. — Señor Presidente del Club Democrático. — Agradezco infinitamente el honor que se me hace, pero proponiéndome sostener la candidatura del señor don Ramón Corral, secundando incondicionalmente al señor

general don Porfirio Díaz, ruego a todos los que me postulan para Vicepresidente de la República, secunden esa política y voten por el señor Corral para Vicepresidente.—*Bernardo Reyes.*”

Ese telegrama no era sincero, tuvo por objeto avisar a la nación, para irritarla, que ya había decidido el general Díaz imponer a don Ramón Corral. El general Díaz no ordenó la rectificación; y con ello, el país tuvo el derecho de creer que el César imponía al odiado Corral. Fuera de ese objeto, se descubre que el general Reyes seguía su antigua torpe política: protestar ser vasallo incondicional del Príncipe, para no exponerse a las terribles venganzas del *caso*, y al mismo tiempo, dirigir a su hijo Rodolfo, para que los amigos *incorregibles* trabajasen por llevarlo al poder.

El 26 de julio (1904), tuvo lugar la rebelión del pueblo de Guadalajara, contra el Dictador, aclamando a Reyes y ofendiendo al César con los gritos de “¡Muera el tirano!” “¡Muera la momia!” “¡Muera el ladrón!” Sin una reacción violenta del general Díaz, su caída era cuestión de un mes a lo más. La tuvo, y fué la última. Comisionó al licenciado don Manuel Calero, para que fuera a Monterrey a ordenar en su nombre, al general Reyes, su inmediata partida a Europa, o a sufrir las consecuencias del *caso*. El general don Jerónimo Treviño, enemigo mortal de Reyes, fué nombrado jefe de las fuerzas federales, con instrucciones secretas. Esto bastó para que la “ola de agitación” se disipara; los cobardes volvieron a temblar, los serviles a prosternarse, los bullangueros a tragar sus palabras, la opinión pública a enroscarse en una garra del terror renaciente. El ¡sálvese el que pueda! sonó en las filas de los enemigos de los “científicos,” pues el general Reyes, consternado, espumoso, abatido, engargolado, obedeció temblando, las órdenes del César, sin pedir para sus partidarios caridad, perdón, indulgencia, olvido. Todos los comprometidos y entregados a la ira del traicionado, lanzaban bocanadas de desprecio sobre el general Reyes, y sus nervios

rechinaban cual si fueran rascados por arcos de violín. Débil era la Dictadura, por los ochenta años de su jefe, y por la política cerrada de entregar el país a la anarquía, antes que prepararle un sucesor; pero más débil era el general Reyes con sus sesenta años, y un partido que, sin él, sólo podía hacer lo que hizo: asustarse, temblar, pedir misericordia, dispersarse, entrar en el corralismo, sonreír a Pineda, o esconderse, resoplando preces de arrepentimiento y prometiendo volver al incondicionalismo. Había bastado un gesto del viejo leopardo, un gruñido o un *fo* de su arte antiguo, para que todo volviera a su lugar: los gritones, al silencio; los insolentes, a la plegaria; los agitadores, al marasmo; los traidores, al incensario; los valientes, al miedo urinario; los intransigentes, al derroche de desvergüenza y abyección. De agosto de 1909 al 1º de enero de 1910, nadie ponía velas a su ambición, ni siquiera había brisas; el aire parecía petrificado, la parálisis nacional recobraba su estado de muerte, en cada celdilla del organismo social.

El apóstol de la anarquía huyó de la capital, a refugiarse en las tierras coahuilenses de sus familiares; de allá, la emprendió a las piscinas de Tehuacán, con el objeto de restablecer su salud. En los últimos días de diciembre de 1909, volvió a organizar su gran campaña de agitación. El César, después de haber reaccionado eliminando temporalmente al general Reyes de la política, dejó libre la prensa, libres las tribunas, libre la conspiración, libre al partido anti-reeleccionista. No había hombre, el hombre que hubo en agosto hizo el último esfuerzo del último resto de su virilidad. Todo había acabado, el Caudillo no era más que un paquete de cenizas.

El problema revolucionario en 1910

En agosto de 1909, el porfirismo tenía dos caminos que seguir teóricamente. El general Díaz, no habiendo preparado, y resuelto a no preparar, un sucesor que reconstituyese la Dictadura orgánica, era indispensable la caída del país en la anarquía. Pero había dos clases de anarquía; la conocida, la perenne durante sesenta años, movida por un gobierno de facciones revolcándose tetánicas en un militarismo pretoriano, y la anarquía social profunda, excepcional, no conocida, y emanada de un triunfo del peladaje sobre la sociedad y la civilización: el triunfo del ejército sin Caudillo, que hiciera dictadura, o el triunfo de las guerrillas, que convirtieran a la patria en una caverna de trogloditas.

La paz sólo era posible transitoria, mientras el general Díaz, aceptado por el militarismo como César, viviera y aumentara el efectivo de su ejército a la cifra indispensable para hacer imposible el triunfo de las guerrillas, y tomara todas las precauciones del caso, sin omitir recursos, por terribles que fueran, para evitar un movimiento arrollador del bandidaje. Todo esto se hallaba de acuerdo con el egoísmo infinito del demiurgo, pero no con su inteligencia, incapaz de apoyar al instinto de conservación que estaba en agonía.

Es posible que un peladaje degenerado en bandidaje, triunfe, pero sin la intervención de los políticos, la destrucción de los bandidos entre sí, después de haber destruido todo el país, no puede llegar sino hasta su completo exterminio. El instinto de conservación reacciona y pide gobierno, cualquiera, pero que haya gobierno, y mejor que todo, *mano de hierro*. Pero era imposible que los políticos se abstuvieran de actuar, sin dejar de ser políticos; de modo que, en el torbellino de fuego, sangre, crímenes y locuras creado por el peladaje, tenían que aparecer los inevitables políticos. La

Revolución francesa de 1789, fué caso de triunfo efectivo del peladaje, el que siempre fué dirigido por una facción de políticos. Jamás la inteligencia, aun cuando esté depravada, pierde su prerrogativa de mandar a la bestialidad domesticable.

Las facciones paridas por la época, en 1909, debían ser distintas de las que habían azotado sesenta años a México. Estas, habían luchado siempre en favor de la mesocracia y de la conservación del orden social clásico. Ya la facción de inmediato porvenir, se había revelado en 1908 y 1909, en las elecciones libres para gobernadores de los Estados de Morelos y Sinaloa.

En Morelos, la lucha se entabló entre el señor Escandón, candidato de todo el agrado del general Díaz, pues era jefe de su estado mayor, hacendado rico y miembro prominente de la aristocracia, y el ingeniero don Patricio Leiva, empleado de la Secretaría de Fomento, e hijo del general don Francisco del mismo apellido, de origen humilde y carrera de jacobino militar. El elemento capitalista se puso del lado de Escandón, y el proletariado del lado de Leiva. Escandón, contrató para su campaña a los dos primeros demagogos de la nación, don Diódoro Batalla y don Heriberto Barrón.

Los oradores de Escandón, fueron unánimemente silbados, lapidados, injuriados, amenazados de linchamiento y de tueste en hoguera alimentada con bagazo de caña. Se vieron obligados a huir; todos sus procedimientos de seducción leperuzca habían fracasado, su escuela era antigua, sus halagos rancios, sus pasiones frías y simuladas, y sus paraísos eriazos. El demagogo Barrón, con aspecto palúdico volvió a la ciudad de México, y en su periódico "La República" declaró que estaba aterrorizado, jamás había visto, ni concebido, espectáculo más siniestro que el de esas plebes descascaradas de su frágil corteza de rudimentaria civilización, operando como salvajes glotones de carroña humana.

El señor Monterde escribía a Pineda y a mí, en el

sentido siguiente: no creo que la Revolución francesa haya sido preparada con más audacia y materiales de destrucción, que como se está preparando la mexicana. ¡Estoy espantado! Los oradores de Leiva, sin empacho ni vergüenza, han enarbolado la bandera santa de la guerra de los pobres contra los ricos; todo es ahora de los pobres; las haciendas, con todas sus tierras y aguas, ganados y montes; las mujeres, la honra y la vida de los que no son indios. Se predica el crimen como un nuevo Evangelio, a los terratenientes hay que matarlos como a las víboras, triturando sus cabezas con una piedra. Sus mujeres e hijos, son del pueblo, en desquite de la lujuria de los hacendados impunes, violadores de las vírgenes populares. La caridad y la compasión, se consideran cobardía; no es ya hombre el que no sepa vengarse, y sólo sabrá vengarse el que no dé cuartel ni a su padre. Las haciendas, son de los pobres porque son pobres, y son de los indios porque se las robaron los españoles, y son de los oprimidos porque representan trabajo robado a éstos. Haciendo la cuenta justa de los jornales que pertenecen al pueblo y los que han recibido de sus explotadores, resultan los hacendados debiendo, aun después de haber pagado con sus haciendas. Tales fueron los temas de la oratoria leivista, enseñada por el profesor de Villa de Ayala, don Otilio Montaña, normalista, a los tribunos del pueblo, para que se la enseñasen a los campesinos analfabetos, zambos y torvos, convocados en 1908 para hacer la revolución redentora de los oprimidos, escogiendo como quería Montaña, y como lo consiguió, erigir a Tlaltizapán en "capital del proletariado en México." En Sinaloa, otro gran demagogo, don Heriberto Frías, durante la lucha electoral abrió una campaña socialista tremenda, logrando enardecer y sublevar la conciencia del proletariado, contra las clases ricas. En Yucatán, movió el resorte de los pobres contra los ricos, el comerciante quebrado don Delio Moreno Cantón; en Chihuahua, sostenían la propaganda bolchevista, los escritos incendiarios de los hermanos Flores

Magón, los demagogos Gutiérrez de Lara, Braulio Hernández, y el poeta del caos, Praxedis Guerrero. En Sonora, don Salvador Alvarado, con fieles discípulos, comenzaba su propaganda socialista. El brote bolchevista estaba ya bien iniciado y con laureles en 1909, y con todo un apostolado moderno, compuesto de maestros de escuelas normalistas, de presbíteros mexicanos protestantes, de anarquistas extranjeros activos, de abogados jóvenes famélicos sin clientela. La revolución social se estaba preparando sin ocultarse, al lado de la mísera revolución burguesa, acaudillada por el general Reyes, y después por la familia Madero.

Esa revolución social, sólo era posible con la victoria a favor de una guerra de guerrillas, y si brotaban éstas, su triunfo era seguro porque no había ejército federal, ni guardias nacionales de los Estados, ni milicias. Urgía, pues, en virtud de lo delicado y pavoroso de las circunstancias, reorganizar el ejército, elevar por lo pronto su efectivo, a ochenta mil hombres, en condiciones de poder acrecerlo a ciento cincuenta o doscientos mil. Para evitar el brote de guerrillas, debía hacerse lo que se había hecho treinta años: prohibir estrictamente toda agitación política, vigilar a los pueblos, poner en guardia a los jefes políticos para matar al que se declarase revolucionario o anti-reeleccionista, que era lo mismo; organizar una buena policía federal en toda la República, remover a los gobernadores de los Estados, que, por su edad, enfermedades, cobardías, apatía, vacilaciones, no dieran garantías de ser útiles en primer grado a la causa dictatorial y de la sociedad. No se trataba ya de salvar a un gobierno de ancianos, sino la vida y cultura de una nación.

Pero pasado el acceso de sensatez y la erección de la voluntad del César, volvió a ser el fantasma de su retrato histórico, jadeante en política despreciable de farándula, alimentada por intrigas de hombres licuados o birlescos. Cuando los enemigos de los "científicos," después de la caída de Reyes, notaron que el demiurgo y cualquier babieca hacían ecuación, reac-

cionaron, y en enero de 1910 ya habían combinado su plan para anular el triunfo redondo de los *científicos*, debido a la huida vergonzosa de Reyes, que lo había desconceptuado ante el país, furioso de ver correr al que la prensa le había presentado como Fierabrás incapaz de sospecha de pensamiento de acto débil.

*
* *

La segunda ola de agitación

El general Díaz, creía en la posibilidad de una revolución de guerrillas, como las que ya habían aparecido otras veces, y que, con más o menos facilidad, habían sido disueltas. Estaba, pues, el César, convencido de que aplastaría cualquiera revolución de guerrillas; pero también estaba seguro, de que esa revolución, mientras era aplastada, podía ocasionarle complicaciones graves con los Estados Unidos, y rebajarlo en la consideración del mundo. Sonaba mal en el extranjero una séptima reelección, nacida en un charco de sangre, y acompañada de gemidos de súbditos descuartizados. Sus amigos incondicionales, determinaron fraguarle una "ola de agitación" para que prescindiera de imponer a Corral, del mismo modo que en 1902 él había mandado hacer la funesta "ola de agitación" contra Limantour. Los resultados de la segunda ola, debían ser peores que los de la primera.

Los amigos incondicionales del Príncipe, contaban con un precioso elemento: don Francisco I. Madero, dotado de condiciones místicas para despertar pueblos idólatras; y contaron también con imponente elemento socialista, ya revelado en el país. Protegiendo a esos grandes agitadores, la ola parecería de verdad. La alianza del elemento porfirista incondicional, con el anti-reeleccionista o maderista, el socialista y el bolshévista, se realizó sencillamente, como para organizar una tamalada en Santa Anita o Ixtacalco. Los

porfiristas íntimos y los miembros de la familia del general Díaz, también entraron a formar parte de la liga. "Porfiritito," el hijo del César, no se cansaba de decir a su médico, el doctor Martínez Freg: "Ya verán esos ladrones *científicos*, cómo la opinión pública, exaltada, los barrerá de sus ladroneras." Por supuesto, que los porfiristas incondicionales, comprendidos los familiares del Caudillo, estaban seguros de la verdad de dos falsedades: la primera, que ellos eran los que hacían la "ola de agitación;" y la segunda, que una vez aporreado Corral, y despedido de la política sus "científicos," ellos aplacarían la ola de agitación, como quien echa un cántaro de agua a un brasero de salón. Ningún estadista del gobierno se imaginaba la debilidad civil y militar del César, que había alcanzado un período en el que sólo podía resistir con éxito la revolución un grande hombre, que ya no podía ser el general Díaz.

No hubo traición, sino ofuscación de parte de los aliados que protestaban ser fieles amigos y parientes del general Díaz, y que lo desarticularon.

Para que la "ola de agitación" alcanzara el vértice de los volcanes y su acción fuera irresistible, era indispensable sostener ante el César la libertad y el libertinaje de agitación en todo el país, prensa, tribuna, cátedra, clubs, púlpitos, cines, género chico teatral, expansiones populares en tabernas, figones y pulquerías. Fué magistral la organización de esa "ola de alta comedia política." Se le hizo ver al César, que su séptima reelección tenía que ser enteramente democrática; el pueblo lo amaba; el entusiasmo hacía tronar todas las vértebras de todos los patriotas, que pronunciaban entonces su nombre casi en éxtasis; los niños, besaban su retrato en las noches para llamar a los silfos, que debían traerles los bellos sueños. Los insultos que al demiurgo le había propinado la plebe de Guadalajara el 26 de julio, habían sido obra de tres beodos y de una desgredada ramera.

Parece que había peste de ofuscación en las clases

directivas, en 1910. Era, que había llegado el estertor intelectual característico de las clases, razas y naciones que van pronto a desaparecer. El morbo entre los científicos del "Carro Completo," animado por don Ramón Corral, hacía tanto estrago como en sus enemigos. Ni don Ramón Corral, ni don Rosendo Pineda, ni don Joaquín Casasús, ni don Pablo Macedo se convencieron de que sólo había un medio para alcanzar una Presidencia de tragedias: ajustar el terror a un grado tan pavoroso, que igualase a la satanización de tan deshechos pretendientes. Limantour estaba menos enfermo, veía venir la tempestad con la imposición de Corral y aun sin ella, y su programa era huir, zafarse de la situación, vender sus bienes, colocar sus riquezas y su persona en Europa. Si era el apoyo de los corralistas cerca del general Díaz, se debía a su odio a Dehesa, a su miedo a Pineda, a su amor por la cartera y a su demencia, pues no creía que pudiera existir México, sin que él fuera el Secretario de Hacienda. Por tales motivos, la retirada del señor Limantour a Europa, debía ser con licencia. Si la trágica séptima reelección pasaba, volvería para seguir evitando que entrara Dehesa; en caso contrario, esperaría en París las noticias de cómo habían sido ahorcados Corral, Pineda, Dehesa, el general Díaz y sus dos sobrinos. Esa actitud, después de ser causa o aparecer serlo de la imposición de Corral, desprendía gases asfixiantes de marisma, pero era racional, casi académica y gloriosa para México, porque en fin, todavía existían hombres que no se habían vuelto completamente cretinos.

Las lumbreras corralistas, rechazaban la aplicación del terror, único medio con el que podían llegar al poder, para desde sus alturas, caer sobre la rabia revolucionaria. Primero, llegaron a tener la ilusión de que podrían sostener un sufragio libre favorable a Corral, pero el fracaso de la jira de Guadalajara fué tan expresivo, que los obligó a intrigar por la imposición de Corral, sin empleo del terror, porque si se

empleaba el terror, los llenaría de impopularidad. Nunca comprendieron que ya no era posible llegar a ser más impopulares de lo que estaban. En consecuencia, favorecían también con entusiasmo la "ola de agitación" fraguada por sus enemigos, para llevarlos al linchamiento. Ni unos ni otros, se encontraban en estado de pensar lo que debieron pensar todos los habitantes de la República, y era que, forzosamente, la "ola de agitación" debía reventar en ola de guerrillas, y no habiendo ejército para contenerlas, la ola de guerrillas debía reventar en ola de bolshevismo.

El general Díaz, necesitaba brillar como un colmo del más refinado morbo. Los enemigos de los "científicos," para despenar a Corral, le propusieron que hiciera Vicepresidente a su sobrino el general brigadier don Félix Díaz. Ya el César había decidido librarse de Corral, bastante "sinvergüenza" (palabras del sobrino Muñoz y de Porfirito, comunicadas a su médico el doctor Martínez Freg) para no renunciar, al ver que la nación con ira lo rechazaba, y que estaba comprometiendo a su padre y excitando al pueblo a un levantamiento aterrador. La verdad es, que el hijo y el sobrino tenían razón a medias, porque cuando la ambición llega a vicio que se ha chupado la médula moral del hombre, puede el mar volverse de petróleo inflamado, movido por un huracán de mil millas por hora, antes que el vicioso renuncie, si con tal cataclismo se le amenaza. El general Díaz, antes de que se le propusiera la candidatura de su sobrino don Félix Díaz, había ofrecido sucesivamente la Vicepresidencia a su Ministro de Fomento, licenciado don Olegario Molina, y a su amigo último de confianza, el licenciado don Manuel Calero. El licenciado Molina estaba fresco en el poder, su inteligencia se hallaba al corriente, y por supuesto no quiso que la "ola de agitación" fuera dirigida a su honor, a su gran fortuna, a su existencia, a la tranquilidad de su familia, a su reputación de hombre, que, en ningún caso admitía equipararse en conducta política, a la de sus compañeros y amigos

dignos de compasión, y tal vez de ser lapidados por el pueblo.

Habiendo rehusado Molina el suplicio vergonzoso que don Ramón, por degeneración había aceptado, el Caudillo ofreció la Vicepresidencia al licenciado don Manuel Calero. Este conocido político, aunque muy ambicioso, vaciló ante la fuerza de la "ola de agitación" creada por los porfiristas, no solamente contra Corral o cualquier "científico," sino contra todo aquel que no fuera don Teodoro Dehesa o don Félix Díaz. El señor Calero, consultó el caso con su íntimo amigo y socio de bufete, el licenciado don Jorge Vera Estañol, quien aconsejó que, aun cuando la derrota era segura, debía aceptarse por el honor y lustre que tal postulación ocasionaba a la casa Calero. La presunta víctima del general Díaz, tuvo el buen juicio de consultar a su amigo don Olegario Molina, quien resolvió que por ningún motivo debía ser aceptada la distinción funesta del general Díaz, porque todo el odio del país caería sobre el señor Calero; que Corral no era aborrecido por ser Corral, sino por ser impuesto por el general Díaz. Esto en cuanto al país, y respecto de la "ola de agitación" salida de las regiones porfiristas, se arrojaría contra el señor Calero, aumentada con el poder de los *científicos*; que el señor Calero estaba completamente aislado, y que era seguro que no encontraría partidarios, y sí millares de enemigos. En consecuencia, no habría honor ni lustre en recibir rechiflas y tal vez lapidación. El señor Calero, rehusó también el oprobioso sacrificio. Sólo Corral estaba bastante gastado en valor ético, para aguantarlo.

Hay pruebas de que el general Díaz, pérfidamente aceptó y protegió la candidatura de su sobrino el inspector general de Policía. A principios de 1910, don Ramón Corral llegó a cansarse y a serle insoportable el trato despectivo que le daba su subalterno el inspector general de Policía, quien no desperdiciaba ocasión de humillarlo, cual yanqui blanco a negro del Sur. Corral aguantaba, porque ante todo existía la perspec-

tiva de la Vicepresidencia, pero Pineda se vió obligado a dirigirse a don Rafael Chausal, rogándole que dijera al Presidente que se sirviese proceder con claridad respecto de Corral, para que de una vez sus amigos tomasen la posición que creyeran conveniente. El general Díaz, sabía que Pineda no era Limantour, y que romper con Pineda y sus amigos, después de haber roto con Reyes y de haberse organizado un partido anti-reeleccionista, era asunto muy grave. Así pensaba con el gesto, el diminuto Chausal, el hombre de más influencia política con el general Díaz en aquellos momentos. Dos días después de esa entrevista, la nación supo con sorpresa que el brigadier don Félix Díaz, había sido destituido y desterrado al extranjero. El triunfo de los *científicos*, era digno de anotarse en la Historia, al lado de la conquista del Nuevo Mundo. Aproximadamente dos meses más tarde, estalló otra bomba política en la nación: el brigadier don Félix Díaz había vuelto al país, y había sido repuesto en su empleo de inspector general de Policía. Todo el mundo vió la cara de don Ramón Corral cruzada por la huella rojiza de un latigazo. Pocos días después, los amigos incondicionales del general Díaz postulaban para la Vicepresidencia de la República, al brigadier don Félix Díaz. ¡Comoción universal, que paró todos los relojes y todas las respiraciones!

Es imposible que esa intriga extravagante no haya sido autorizada por el general Díaz, expresamente o empleando su método habitual: hacer que lo adivinasen. Desde entonces, el Príncipe fué actor en la "ola de agitación" que debía arrojarlo sobre el puente del "Ipiranga" o en descuartizamiento por las plebes el 24 de mayo. ¡Pero ni aun así renunció don Ramón Corral!

La candidatura del inspector general de Policía para la Vicepresidencia, que debía ser la Presidencia, fué muy mal recibida en el país, peor que la de Corral; horrorizaba la idea de la fundación, en México, de una dinastía autocrática y plebeya; ofendía que a un simple inspector de Policía, calificado de inepto, se le hi-

ciera saltar hasta la suprema magistratura de la Nación; enfermaba a los espíritus, que habían quedado medianamente reflexivos, el torrente de desprecio que del gobierno salía, para refinar la degradación pública. Muchos de los reyistas, rechazaron tal candidatura, como algunos dehesistas y porfiristas incondicionales. Los "científicos," se manifestaron resueltos a romper con el general Díaz. Era llegado el caso de la renuncia del señor Limantour, pues la candidatura de don Félix Díaz equivalía a entregar la situación al señor Dehesa; complicaba el caso, que el partido anti-reeleccionista se robustecía y poblaba de clubs, en realidad revolucionarios, toda la República.

Al sentirse la trepidación seria de un disgusto general, el inspector de Policía publicó un manifiesto, renunciando su candidatura.

*
* * *

La ola de revolución social

El 15 de abril de 1910, se abrieron en la ciudad de México las sesiones de la Convención anti-reeleccionista. Tres años antes, todos los habitantes de México consideraban imposible que en la capital, frente al palacio nacional, surgiera arrogante, descarada, retadora, magnífica, una asamblea anti-reeleccionista. Treinta años de esta máxima sostenida con terror y corrupción: "nada de política, todo administración," quedaban borrados con sólo el gesto de unos cuantos hombres enérgicos, que al fin se habían decidido a retar al Príncipe, cuando éste había ya renunciado sin saberlo, a ser dictador.

En el año de 1900, el demagogo Arriaga, con bastante audacia había pretendido organizar clubs políticos independientes en toda la República, con el objeto de intervenir en las elecciones presidenciales de ese año. Le fué imposible, y sólo consiguió fundar uno en Lam-

pazos, y otro en la ciudad de San Luis Potosí, que el público ha denominado "clubs arriaguistas;" el de Lampazos, fué disuelto a tiros, estuvo a punto de ser asesinado un hijo del general Naranjo, y fueron capturados los organizadores, y reducidos a prisión como sediciosos o rebeldes. En San Luis Potosí, el programa preparado por el gobierno, fué introducir en el club soldados federales disfrazados de obreros, armados con revólvers y puñales, buscar camorra y efectuar una buena matanza de agitadores, de independientes y de bobos, que sirviera de escarmiento, y recordara al país que nadie tenía derecho a hacer política. A tiempo fueron avisadas las víctimas de San Luis Potosí, y prudentemente resolvieron no hacer más política. En Monterrey, el 2 de abril de 1903, fué balaceada la masa de la población por el general Reyes, y calurosamente aprobada su criminal conducta por el general Díaz, no obstante que esa población aclamaba su sexta reelección; pero era necesario recordar con una ducha de sangre caliente a los mexicanos, que la pretensión de meterse en política, los conduciría a meterse en sus respectivas sepulturas.

Con esos precedentes, se comprenderá el efecto que causaría en la nación una convención anti-reeleccionista instalada en el Tívoli del Eliseo, para elegir candidato, y que éste fuese, no un héroe, no un Padre de la Independencia, no un intelectual deslumbrador, no un estadista reverenciado por el patriotismo, sino un joven demagogo honrado, insignificante y sin título técnico para merecer la primera magistratura, pero que sí tenía el primero de los títulos políticos, el de iconoclasta, que probó al país que ya el todopoderoso César, no era más que un infeliz "enano del tapanco."

Don Francisco I. Madero, pagó el giro que sobre la dignidad del país había firmado el general Díaz, exterminando física o moralmente, o de ambas maneras, a todos los hombres superiores que podían hacerle sombra, y reducir al ridículo su *necesarismo*. Cuando los pueblos se quedan sin hombres superiores, por los

celos de un tirano, lo que es horrible, esos pueblos ven como a hombre superior entre los superiores, al primero que se atreve a humillar al tirano, como persona y como gobierno. Es desatinado destruir superioridades, pero es ley humana que los pueblos hagan rey, al que se pone enfrente del rey tirano. No hay superioridad política que iguale a la de Madero.

Hubo algunos amigos del gobierno, que le indicaron que por ningún motivo permitiera la instalación de la célebre convención anti-reeleccionista, probatoria de una debilidad mortal de la Dictadura, que estimularía la insurrección, aun de los más cobardes. Don Ramón Corral, y su consejero, don Rosendo Pineda, fueron los primeros en oponerse a que se consintiera en la instalación del siniestro club. Decía el corralismo, lo que la opinión pública: "Es ya tiempo de aflojar, y no de apretar." Y yo digo, que también era tiempo de reflexionar y proceder con lógica. Si era tiempo de aflojar, la mejor aflojadura era la retirada del general Díaz a la vida privada, renunciando su candidatura, lo mismo que don Ramón Corral la suya, y dejar que el país llevase a la Presidencia a don Francisco I. Madero, que había ganado el puesto con donaire, probidad y entereza. Si no se quería que el general Díaz fuera expulsado por Madero, entonces era tiempo de apretar más que nunca, llegar a la revolución, y que el país, en un caos de fuego y sangre, resolviera sobre sus destinos. Había grandes probabilidades de que el general Díaz lograra morir como Presidente de la República, aunque no las había de evitar la revolución en el momento de sus funerales.

La Dictadura murió en 1908, en brazos de la intriga denominada conferencia Creelman; su sepelio tuvo lugar el 15 de abril de 1910, ordenado y presidido por la convención anti-reeleccionista; y desde el 18 de noviembre de 1910, comenzó el *velorio* del ilustre difunto, que no ha podido concluir en más de diez años.

El aspecto de la convención anti-reeleccionista, fué imponente, por la significación de sus miembros. Por

la primera vez, se vió en una asamblea mexicana de representantes de clubs políticos, a rudos aldeanos, a lo más sombrío del medio pelo social, del medio peloliterario, del medio pelo profesional. Se vió a un proletariado intelectual desabrido, sin brillo, sin elocuencia, sin aptitud civilizadora, rugiente y desaliñado, firmando las esperanzas de un pronto cataclismo. Aparecieron tipos de campesinos o artesanos, que después fueron feld-mariscales de la Revolución: Cándido Aguilar, Gabriel Gavira, Eulalio Gutiérrez, Luis Gutiérrez, Cesáreo Castro, José de la Luz Soto. Como los clubs eran revolucionarios, lo que se encontraba en aquella asamblea, era nada menos que la Revolución Social, que debía devorar al grupo de burgueses que la habían organizado. Se sentía que la mesocracia había caído, para erguirse el peladaje; el proletariado aldeano, postergaba al proletariado intelectual. No cabía duda, si se dejaba triunfar a aquella gente misteriosa, se lograría una revolución en que todo lo de arriba debía caer, y todo lo de abajo sobreponérse, y todo lo civilizado hundirse.

El apostolado anarquista, desempeñado por maestros de escuela normalistas, pastores protestantes mexicanos, periodistas paúperos, abogados de villorrio recién paridos por infectas aulas, masones grasientos y machucados; todo ese elemento de agitación a fondo, hasta escarbar las entrañas sociales, ejecutaría su campaña contra el régimen social clásico, con método estricto de tempestad. Los indios (en Morelos) por la primera vez, dejaron de leer en su "carta política," el dogma de su tradición, "Fuerza y Piedad," borrando la segunda palabra y decidiendo confiar todo a la fuerza; no a la del Emperador, no a la del Papa, no a la del Misionero, no a la del Cura, no a la de sus apóstoles mesocráticos, siempre traidores y depravados, sino a la fuerza propia; y su odio, se clavó en tres figuras extraordinariamente aborrecidas: el científico ladrón, el terrateniente colonial, el tirano zapoteca que chorreaba jefes políticos por todas partes, blancos o

mestizos, sanguinarios y brutales, enemigos irreconciliables de la raza indígena, de los verdaderos dueños del territorio, de los herederos de las riquezas inauditas hechas por sus ídolos de mirada opaca de muerto. Había acabado la resignación de cerca de cuatro siglos, más admirable que la de los eremitas que se secan a la intemperie, esperando besar la eternidad en los labios de la muerte; había acabado el miedo al blanco que ya no se vestía de hierro, ni era de hierro, ni dominaba con el hierro, sino un blanco enclenque, cobarde, adulador, más agachado ante un César sin nacimiento, que el más infeliz indio huacalero; un blanco físicamente gusano y moralmente fétido. La pequeñez del blanco, prosternado ante el mestizo caricaturizado en divinidad, con teocali en Chapultepec; ante un hombre de casta despreciada por el español, más que el indio, hizo sentir a éste que su talla, sin haber crecido, era inmensa comparada con la de su degenerado opresor, y creyó sonada la hora de la venganza. Nada le importaba la imposición de Corral, estaba resuelto a ejecutar algo más grande, a acabar con la imposición de la Conquista.

¿Qué habían dado a la raza indígena, las clases herederas de la conquistadora? Lo que éstas creían sublime, el orden dentro del sistema colonial, o la Constitución de 57. Cada vez que el proletariado sufría en exceso, se le recetaba Constitución de 57; y cuando se arrastraba ya de hambre, no se le ofrecía pan, sino Constitución de 57; y cuando el dolor venció su abyecto pasivismo, se le daban friegas y refriegas con la Constitución de 57; y cuando a lo lejos oía voces de redención y regeneración, se las callaba con la Constitución de 57, que la inmensa clase rural no amaba ni podía amar, especialmente la raza indígena. Era esa Constitución la que la había desposeído de sus ejidos, la que la había entregado a la codicia del terrateniente, la que la había privado de su religión, sólo sentida por el culto externo.

El indio, amaba sus costumbres, y la más bella y que-

rida de todas, era organizar verbenas, procesiones religiosas, colocar imágenes en las paredes exteriores de las casas, dar nombres de santos a las calles del pueblo, convertir los cementerios en paraísos de los vivos celebrando banquetes acompañados de los muertos, que ofrecían sus tumbas para el extraño festival; hacer penitencia en peregrinaciones pías, azotándose como energúmenos. Para aquellas almas muertas para la patria, inservibles para la libertad, confusas para la justicia, la única nota de vida que separaba a los indios de las bestias, era la religión, sobrecargada de paganismo, como tiene que ser la de todos los espíritus refractarios a las abstracciones. Yo no repruebo la supresión del culto externo, sino la falta de substitución. Limpiad de viejas supersticiones o creencias seculares ese tarro misterioso llamado la conciencia, y el animal analfabeto, depurado, lanzará el rugido del bolshevismo. La mayoría de aquel pueblo silencioso y dulce, amaba con delirio su culto religioso; y ese culto, era la única estrella que brillaba en su eterna noche de abandono por los de arriba y de traición incesante por sus venales apóstoles.

Las Leyes de Indias, son un gran monumento histórico y sociológico. Todos los críticos les rinden entusiasta homenaje por haber declarado a la raza indígena menor de edad, y haber legislado dentro del más bello y noble espíritu de protección. Actualmente, las clases populares de los países más civilizados luchan por una legislación de protección, ampliamente socialista, dedicada a defender a los débiles de la cruel e infinita codicia de los fuertes. La libertad, los entristece y los horroriza, porque ha servido para hacer al fuerte más insaciable, y al débil más desamparado. Nadie quiere el individualismo exacto, más que los opresores, los dueños de los *trusts*, los que tienen en la mano el martillo y en el corazón una bolsa para el oro. Los grandes economistas se han rendido, no son bolshevistas, pero tampoco individualistas estrictos. Ahora bien, nuestros constituyentes de 1856, es-

cogieron, para una raza excepcionalmente débil que sólo puede existir en las rodillas de inteligente y virtuosa protección, la constitución más individualista de las conocidas. De aquí, su fracaso.

Y esos ilusos constituyentes de 1856, ebrios por el jacobinismo francés, proclamaron con acento de sibilas históricas: todo debe emanar del sufragio popular. De un pueblo que no había salido ni quería salir del imperio azteca, remojado en política colonial, y que no tenía más idea del derecho ni más sentimiento de justicia, que el credo por una teocracia sanguinaria, servida por un militarismo prehistórico. Pero la casta política jacobina, peor que la teócrata y militar azteca, tostada en el ardor de libertades, sin entenderlas, y ciega ante la ciencia de los legisladores coloniales, hizo la Constitución de 57, para que lo que saliera del pueblo fueran lágrimas, ira, rencores, embrutecimiento, gesticulación de martirio terebrante, sudores de tísico, vapor de rugidos tragados, odio al blanco, odio a la ley, odio a la civilización, odio a la vida ajena y a la propia, odio a la caridad, odio al bien donde se encuentre, odio a lo bello que impresiona, odio al odio. En una palabra, el zapatismo, como penúltimo acto; el último, será explicado por el epitafio: "Aquí yacen los que un dolor infinito hace dignos de ser llorados."

Se ha tarareado la necesidad, durante más de medio siglo, de que la Constitución de 57 enseñaba al pueblo sus derechos. El pueblo aun no sabe leer, ni lo necesita, para conocer sus derechos civiles, que los va olvidando. El catecismo católico enseñaba los derechos civiles, bajo la forma de deberes sancionados por las penas severas de la religión: "No matarás," "No hurtarás," "No levantarás falsos testimonios ni mentirás," "No hagas a otros lo que no quieras que a tí te hagan." La Constitución de 57, enseña lo mismo bajo la forma de derechos: "inviolabilidad de la vida humana," "inviolabilidad de la propiedad," "inviolabilidad de la reputación." ¿Con qué sanción profunda, serena e impo-

nente se sostenían esos derechos? Antes y después de la Constitución de 57, con la de un jefe político que mata a quien quiere, roba al que le da la gana, y que, borracho o en su juicio, insulta a todo el mundo.

El catecismo del retroceso, no enseña a adular a míseros humanos, Massillón, dejó aplastado al Rey de Francia, al más fatuo y orgulloso de los reyes, cuando en los funerales de la Princesa Enriqueta, le espetó la frase: "¡Solo Dios es grande, hermanos míos!" En Austria, no se abría la reja de la bóveda imperial para enterrar a un Emperador, sin que el muerto se anunciara, diciendo: "Soy un pecador, vuestro hermano José, Fernando o Carlos"

¿Qué derechos políticos han enseñado los políticos a las masas? Insurreccionarse contra el tirano. ¿Y quiénes han sido los tiranos de México, antes de 1880? Unos infelices militares ambiciosos, la mayor parte honrados, buenos patriotas, cuerdos y apreciables. A Juárez, civil, lo declararon tirano, y si no muere, lo hubieran asesinado. Durante la Dictadura, la escuela enseñó a adular al César, al "señor Gobernador," al "señor Jefe Político," a su amasia, a todo aquel que pudiera causar males.

Frente a la escuela laica ignominiosa dictatorial, se levantaba la escuela convulsivante en los salones de jurados. En ese lugar quedó constituída la gran cátedra para glorificar los más antisociales crímenes, y los profesores de esa demolición de creencias, inoculadas en el pueblo desde su período tribal, eran, por lo común, empleados de la Dictadura. La oratoria consistía en adulación a chorro de cascada, adulación al pueblo soberano; se le adulaba, precisamente lo que hacía imposible su soberanía; se adulaba su pereza, su mugre, sus piojos, su ignorancia, sus vicios. Se le recomendaba habitar en los muladares, veranear en las cárceles; se comparaban las riñas de pulquería, a los juegos olímpicos atenienses; se rendía homenaje a los matadores de mujeres; se pedía respeto para los *souteneurs*; se exhortaba a la veneración hacia los bir-

lescos; se justificaba el impulsivismo de los asesinos; se proclamaba el embeleso para los ladrones ingeniosos. Mientras más hábil era el defensor, más adulaba lo feo, lo chaparro, el olor de lo miserable, las larvas verdinegras que adivinan dónde boquean los moribundos.

Reproducidos por la prensa esos discursos, eran parafraseados en los púlpitos de los pastores protestantes nacionales, y corregidos y aumentados por los maestros de escuela normalistas. No se ha enseñado a esas masas de las ciudades ningún deber, ningún altar donde sea honroso prosternarse; ningún tribunal que flexione todas las soberbias; ningún relámpago de justicia que ilumine por un momento, esos espíritus bestializados. Se enseñó durante treinta años: "¡Sólo el general Díaz es grande, hermanos míos! La patria es chica para que respire su persona, el mundo le aprieta ital vez quepa en el infinito!" Y después, se enseñó durante treinta meses: "Ese coloso de ayer, es una momia rellena de basura, de crímenes, de robos al pueblo; hay que vengarse, por haber adulado al fuerte, cuando lo creímos omnipotente."

*
* *

El buen terreno para sembrar vientos

El apostolado moderno, reivindicador de los pobres, encontraba materia prima, satisfactoria para la suprema conmoción. Según el registro civil de la ciudad de México, el 70 % de los nacidos, eran hijos naturales; no había necesidad de bolshevismo, para practicar el amor libre; una alarmante mayoría de las hembras del pueblo, se encontraba, en el concepto de los machos, nacionalizada. La violación de las mujeres de la clase humilde, era una costumbre arraigada y respetable. El medio millón de habitantes, no sólo era *húmedo*, sino esponja siempre empapada;

se bebían quinientos mil litros de pulque, cada veinticuatro horas, y dos mil barriles de aguardiente. Según cálculo del doctor Domínguez, el 60 % de la población masculina, sufría de alcoholismo crónico. En 1919, el servicio médico de la instrucción pública popular ha declarado, que la mayoría de los niños que asisten a las escuelas, padece sífilis hereditaria. La clase humilde, para volverse más humilde, fumaba tabaco simple, o con marihuana; en las clases superiores, se había extendido el trabajo de perseguir el *nirvana*, por medio del éter sulfúrico, el opio y cinco de sus alcaloides, más la cocaína. Había sido preciso hacer progresar la penalidad, castigando el rate-rismo con la deportación y trabajos forzados en las Islas Marías; con lo cual se logró contener la ola de rateros, cuya entrada anual en las comisarias, a razón de trescientos por día, era de cien mil al año. La penitenciaría del Distrito Federal, fué calculada para recibir el doble del número de huéspedes correspondientes a un millón de habitantes, a medio civilizar, y dos veces hubo necesidad de agrandarla. Los delitos de sangre, acreditaron a la ciudad de ser en esa materia, delicada y espeluznante, la más criminal del mundo. El desaseo de las clases populares, había inspirado al gobernador del Distrito imponer el baño obligatorio, medida que fracasó. Los gases de los bajos fondos, originados por la falta de aseo, causaron vértigo sincopal de verdadero envenenamiento, al ingeniero don Alberto García Granados, gobernador del Distrito, durante la recepción democrática hecha a don Francisco I. Madero, llevado en triunfo por sesenta mil proletarios, bajo los rayos del sol de junio, enemigos más indomables del jabón y de los merolubios, que de la funesta Dictadura. Esa gran escena de desolación económica, moral e intelectual, estaba decorada con el número de escuelas ordenado por los sacerdotes del *Kindergarten*, probando la inutilidad de las escuelas del gobierno, cuando la gran escuela del medio social, es la depravación.

De semejante estado popular, no era exclusivamente responsable la Dictadura, el mal venía de más arriba: de la Constitución de 57, que proclamó la libertad de todos los vicios. La dureza de los frenos, debe hallarse en razón directa de la barbarie popular, y el freno magno, aun en poblaciones que tienen la pretensión de llamarse civilizadas, es la pena de muerte, considerada como *pena ordinaria* por nuestros respetables y prudentes ancestros. La política del general Díaz para los culpables no políticos, fué de lenidad, fácil de confundirse con tolerancia mal entendida. No se aplicaba la pena capital ni al medio por ciento de los condenados a muerte; era nominal, y efectivos sus abominables efectos. El rigor y la matanza fueron dedicados a la clase rural, de la que brotaban las guerrillas. No hubo en la represión, más que interés político; el social fué desechado, y de sus elementos aprovechó la Revolución.

*
* *

El estertor de la mesocracia

La torpe lucha sostenida por la liga de bronce, entre porfiristas, felicistas, dehesistas, anti-reeleccionistas, socialistas y anarquistas, contra los "científicos," tenía solamente por argumento los intereses burgueses sostenidos por un modelo de insanía. Los anti-*científicos* burgueses, trabajaban por que las masas se estremecieran, rugieran, se exaltaran, se incendiaran; para que la *ola de agitación* calculada por la liga como humo de palabrería específica para asustar al octogenario César, hiciera que éste retirara la imposición de Corral, lo que lograron, pues como se ha visto, el general Díaz dió libertad a todos los electores de sufragar, si era de su agrado, por el señor Dehesa.

Los *científicos*, estaban interesados en que la "ola de agitación" que los hacía a cada minuto más aborre-

cidos por el país, no la calmara el demiurgo, para no hacerse impopulares. Don Ramón Corral y don Rosendo Pineda, se oponían cada día más a toda medida que no fuera en favor de la libertad del pueblo, y a lo que es lo mismo, que no fuera en favor del exterminio, primero de los "científicos," y después del país. Los anti-reeleccionistas, tan simplones como sus jefes, publicaban los rancios teoremas jacobinos de 1824. y creían transformar al país con los principios ya muy gastados de "sufragio libre y no reelección." Sólo los anarquistas hacían labor de trascendencia, indicada imperiosamente por la época; sólo ellos hacían ola de agitación de fuego y sangre, sólo ellos debían levantar masas humanas, calificadas trescientos setenta años de suaves ovejas melancólicas y humildes, sufridas, disciplinadas al estilo de máquinas, y eternamente atónitas y lúgubres.

El mundo burgués, no había visto ni querido ver para abajo; tampoco había sabido escuchar las voces dueñas de las ondas modernas del aire; tampoco podía darse cuenta de la gestación de un sér, cuya crianza no debe hacerse con leche, sino con sangre; tampoco entendía en lo más mínimo, el momento dinámico, caracterizado por la sublevación de todos los yunques contra todos los martillos que durante veinte mil años les han pegado. Existían ya en el siglo, los crujidos de rebelión de los pavimentos contra todos los carros triunfales que les han abierto baches profundos, hasta hacerlos pantanosos, pestíferos e intransitables. No sospechaba, que no era posible dar un paso atrás, y que llegaría el instante en que los más valientes vacilarían en dar el menor hacia adelante, viendo, abajo, las tinieblas cuarteadas de rojo donde bullen suplicios más aterradores que la *hervencia*, imaginados por venganzas que quieren desquitar centurias de dolor, en la primera borrachera de la victoria.

Las clases populares jamás se levantan solas, necesitan de caudillos proporcionados por las clases superiores, y el general Díaz se los proporcionó. Después

de su conferencia Creelman, que debe denominarse la "Conferencia de la Estupidez," dió permiso a todos los demagogos, a todos los socialistas, anarquistas, nihilistas, fenianos, terroristas, laboristas, locos, para su libertinaje de periódico, de tribuna, de libro, de folleto, de conferencia, de cátedra, de figón, de púlpito protestante, de arenga de taberna; para que abrieran campaña, durante tres años, contra el orden social e hicieran todo lo posible por sacudir, despertar, exaltar, enloquecer a la clase popular. El César, experimentaba deliciosos espasmos de ambición, al ver cómo por su repentino libertinajismo político incendiario, todo, absolutamente todo lo básico de la sociedad, acumulado por constructoras épocas, era atacado, remolido, escupido, fecalizado; menos él, menos su séptima elección, menos su aurora boreal y austral que lo circundaba como el hombre que había hecho una nación, y que iba a tener el inefable placer de desmoronarla.

Y la arterio-esclerosis física y mental, impedía al César ver, que al autorizar la "ola de agitación" con el redoble tétrico de las reivindicaciones modernas, ante la masa descolorida del proletariado, ante la respiración anarquista de los descontentos, ante el quejido cavernoso de los desamparados, les arrojaba su prestigio de omnipotente, desde la flecha de su Capitolio que tragaba rayos, contra el empedrado de cóleras populares, tendido cual fondo de sepulcro para todas las grandezas. El César, con su conducta decía a los gobernados aturdidos, que aun lo creían invicto e inmortal: podéis levantaros contra mí, porque nada valgo, soy el fantasma de mi poder, un proyectil puro humo, una hacha puro brillo, una mole puro aire, una espada puro relámpago, una garra pura ceniza; un insecto inofensivo, un microbio agobiado por el fuego del sol, que es la justicia de vuestra causa. La masa, se iba sintiendo absuelta de eterna obediencia; iba sintiendo la penetración del ateísmo proclamado por el mismo ídolo, dentro de su santuario; iba sintiendo que rodaba la corona de hierro lombarda, el cetro del Inca, que se

desgarraba la púrpura, que se le prosternaba el zapoteca y carnal obelisco.

Las tribus rurales eran analfabetas, pero el general Díaz autorizó las jiras oratorias, la predicación de la guerra santa, las peregrinaciones demagógicas estruendosas, la organización de clubs convulsionantes, la cátedra a los adultos por maestros de escuela bolshevistas, los sermones de los presbíteros protestantes incrédulos de su religión, la gresca política en las pulquerías y tabernas, la maldición del régimen social vigente. En los Estados de Morelos, Sinaloa y Yucatán, durante las elecciones de gobernadores, la campaña para el desmoronamiento social fué espléndida. Nada le quedaba por hacer para pulverizar los cimientos de su dictadura, los del orden humano, los del patriotismo, los de las costumbres que mantenían amarradas con cables de legendarias y seculares tradiciones perfectamente concebidas, ejecutadas, experimentadas, a multitudes rurales que no habían dado un paso mental ni moral fuera de la época de la Conquista, y que se sentían empujadas por fuerzas misteriosas e irresistibles, a un campamento extraño de lucha y odio contra todo lo que habían creído, contra todo lo que habían amado, contra todo lo que de generación en generación habían sentido, respetado, adorado. Si el estado social no voló enteramente de 1908 a 1910, fué porque la gran mayoría de los gobernadores de los Estados, serenos y cuerdos, no fomentaron el desarrollo de la política de manicomio del dictador octogenario, licuado en su espíritu por el cáncer de su ambición. El advenimiento de Eulalio Gutiérrez, como supremo magistrado de la Nación, estaba asegurado, y todos se encontraban felices, porque con delicia creían que lo demolido era un hombre, don Ramón Corral.

La locura senil del César, con negros estratos patológicos, no era personal, porque los autores de la ola infernal y de agitación, eran todos los interesados en medros personales, en ambiciones torcidas, en errores inquebrantables, en degradaciones febriles. Las clases

conservadoras de sus riquezas, de sus negocios, de su religión, de sus privilegios, de su civilización, de sus robos, de sus empleos públicos, debieron enfrentarse al anciano demente, para asegurarle que no lo seguirían al caos, por el camino de la insensatez; que apoyaban el reeleccionismo, porque había dado garantías contra los agitadores despechados y turbulentos, enemigos de la sociedad, del gobierno, de la propiedad, de la decencia; que no lo habían apoyado como mano de hierro, para que con ella les tocara la guitarra de fandangos socialistas, anarquistas, demagógicos, delirantes de destrucción y ruina del país. Si la sociedad sana e insana, pero que en el naufragio último de México tenía algo o todo que perder, hubiera hablado claro y firme al general Díaz, asegurándole que emplearía toda clase de medios para substituirlo con el general Reyes, u otro militar, lo más probable era que el Príncipe, aterrorizado, hubiera cedido y concedido. Ya el león no tenía dientes, y su melena espesa y dorada, no era más que pelucón de ixtle teñido.

No solamente no hubo valor en las clases conservadoras para defenderse contra el desbordamiento de las hieles de la envidia, del torrente de líquida inmundicia y de reivindicaciones que se le venían encima, sino que se pusieron del lado de la Revolución, agresivas contra Corral, y no mirando que no se trataba del candidato Vicepresidencial más que para ocultar los deseos de venganza de los reyistas, y que removiendo bien a las clases populares con las deslumbradoras doctrinas modernas, no se cavaba el sepulcro de un político, ya condenado a próxima muerte por la naturaleza, sino que se estaba cavando la fosa para la nación.

El general Díaz, como en 1904, se empenó en que no pudiera haber gobierno mexicano, después de su muerte. Confeccionó una Cámara, un Senado, una Suprema Corte Federal, un grupo de gobernadores de Estados, sin que fuera posible que de esas colectividades o personas, saliera un poder o algo gobernante; porque sus componentes, eran de odio salvaje de los

unos contra los otros. No es cierto que el general Díaz haya impuesto al país a Corral, le impuso a Corral el país. Impuso a Corral, para víctima del regicidio, del cuartelazo sanguinario, de la lapidación por las plebes; sin que contara siquiera con el apoyo de la policía, porque su jefe, también quería ser verdugo del Presidente sucesor.

Indiscutible era, que una vez desvencijado y remolido Corral, digeridas sus entrañas de Anticristo, por las aves de rapiña más tenebrosas, la anarquía rompería todo lo que fuera dique, marcharía hacia todo lo que fuera abismo, ensuciaría todo lo que fuera noble, incendiaría todo lo que fuera majestuoso, disolvería todo lo que fuera rígido, mataría todo lo que fuera orgánico, borraría todo lo que fuera bello, castigaría todo lo que fuera humano. Un huracán glacial, cargado de destrozos de civilización, arrancaría del territorio mexicano a toda la raza impía, reclamada por la justicia de Dios, del Diablo, de la Humanidad.

Pero eso, era imposible en el concepto de la mesocracia. Al iniciarse semejante cataclismo, los Estados Unidos harían resonar sus botas de gigantes en los desiertos del Norte, y escalarían con sus soldados acróbatas las serranías inexpugnables que sostienen la altiplanicie oriental. El general Reyes, lo había dicho al postular, en coloquio con Barrón, al general Díaz, en mayo de 1908: "si estallaba la revuelta, la intervención armada norteamericana se impondría."

¡Cuánta degeneración! ¡Y en recurso tan asqueroso se creía y se esperaba, para continuar en la tranquilidad enseñada durante los treinta años! Se creía en la intervención, en la despatriación, en la raspa de la nacionalidad, en la masticación de la soberanía por el protectorado, en la entrada en el deber, por el látigo de los circos, en la permanencia en reposo, por la sofocación: el talón del coloso, sobre el corazón del país, su lengua de traquidos gangosos, su *slang* de gramática de *brandy*, royendo la lengua del Cid, su desprecio de águila, por grasientos insectos, su crueldad, para tra-

tar razas inferiores. Nada de eso daba horror; producía una serenidad de fondo de mar, a diez kilómetros de profundidad; nada importaba que a la primera convulsión de la hidra; que a la primera mirada sangui-nolenta, chispeante como el rubí; que al primer alarido de macho de las cavernas, en cualquier pradera de barbarie; que a la primera palidez social, o quejido estentóreo de los negocios, o resoplido neumónico de la paz, la mano del coloso, de 500 millones de dedos, desnuzase a los díscolos, dando orden a su Cruz Roja, de rellenar los vientres con maíz y *whiskey*. El porvenir era ameno y tranquilizador, se había acabado la vergüenza. Todos los políticos seguían hablando de revolución, que era lo mismo que hablar de volver a la vida colonial, sin la benévola monarquía española y bajo la Legislación del Dólar, redactada de acuerdo con los mejores preceptos de succión de pueblos, por *trusts* multimillonarios.

FIN